



BIBLIOTECA ILUSTRADA
PARA NIÑOS

III

CUENTOS DE CALLEJA

LOS MELLIZOS DE DOÑA CONEJA

ILUSTRACIONES DE
ERNESTO A. ARIS



EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.

CASA FUNDADA EL AÑO 1876

M A D R I D

PROPIEDAD
DERECHOS
RESERVADOS

GAZAPITO Y GAZAPETE

Conejillos mellizos, atrevidos y traviesos, parecidos uno a otro como dos gotas de agua, negros los dos como el tizón, y siempre dispuestos a comerse unos nabos o a hacer alguna diablura.



DOÑA CONEJA, MADRE DE LOS MELLIZOS

Para poder distinguir al uno del otro, cosió doña Coneja unos remiendos de color azul pálido en la parte de atrás y en la delantera de los pantalones de Gazapito.



Estaban locos de alegría por verse de nuevo libres..



UNA DIABLURA

CATAPLÚM! ¡Buenos nos pusimos!

El cubo se les volcó encima, y Gazapito y Gazapete se quedaron hechos una sopa.

—Tú tienes la culpa—le dijo muy enfadado Gazapete a Gazapito, llena la boca de jabón, mientras trataba de salir arrastrándose de debajo del cubo.

—El que la tiene eres tú—le contestó furioso Gazapito. Pero, en fin, fuese la culpa del uno o del otro, es el caso que no había por donde cogerlos.

Era el día de colada de doña Coneja, la cual se había marchado unos minutillos para darle al puchero una

Cuentos de Calleja



El cubo se les volcó encima y Gazapito y Gazapete quedaron hechos una sopa.

vueltecita, y los endiablados mellizos aprovecharon esta ausencia para hacer una de las suyas.

Se empeñaron en asomarse al cubo para coger pompas de jabón, pero como el cubo estaba colocado encima de un banquillo bastante alto, y los dos eran muy chiquitines, tuvieron que trepar por los lados para llegar al agua, y cuando ya estaban para alcanzar el borde, ¡cataplúm!, se les volcó el cubo encima.

Y no ocurrió nada más que aquí no cuente, pero ¡buen susto y buen remojón se llevaron don Gazapito y don Gazapete!



DOÑA CONEJA LES CUENTA UN CUENTO

Cuando volvió doña Coneja y se encontró en aquel estado y llenós de angustia a nuestros pobres mellizos, no le fué posible enfadarse con ellos, sino que los metió a toda prisa dentro de casa, para dejarles bien secos y una vez que las ropas estuvieron colgadas y los mellizos sentados muy cómodamente en sus taburetes alrededor del fuego, su madre les contó un cuento.



Era el cuento de un conejillo muy tonto que, a pesar de las muchas advertencias que su mamá le había hecho, se dejó invitar por un desconocido para ir a cenar con él. Como el conejillo era muy inocente, le pareció que aquel forastero era una persona de lo más cariñosa y amable, y sin el menor recelo se marchó en su compañía. Pronto llegaron a la madriguera de su nuevo amigo, y sólo cuando éste se quitó el disfraz que llevaba puesto, se dió cuenta el pobre conejillo de que don Zorro le había cogido para cenárselo tan ricamente. No hay que decir si se acordó entonces de todos los consejos que su madre



Cuentos de Calleja



Doña Coneja les cuenta un cuento.

le había dado, pero ya era demasiado tarde: nadie volvió nunca a saber del pobre conejillo.

Gazapito y Gazapete sintieron con toda su alma lo que le había ocurrido al héroe del cuento y prometieron tenerlo siempre muy presente y no dejarse engatusar nunca por gente desconocida.



Cuentos de Calleja



—Buenos días, mellizos,—dijo Juaníto Arrendajo.

UNA VISITA AL MERCADO

Al amanecer del siguiente día ya estaban levantados los dos mellizos que, a pesar de la mojadura del día anterior, se encontraban tan ricamente. Jugaban fuera de la conejera que les servía de casa, cuando vieron acercarse a un desconocido de aspecto muy simpático. No era otro el forastero que el tunante de Juanito Arrendajo, un pájaro muy astuto que más de una vez había fastidiado con sus picardías a los habitantes del bosque.



Los mellizos de doña Coneja

—Buenos días, mellizos—dijo Juanito Arrendajo.

Como los mellizos eran dos conejillos muy bien educados, pensaron que no tenían más remedio que contestar al forastero, y replicaron: «Buenos días».

—¿No os gustaría venir conmigo al mercado del bosque?—dijo Juanito Arrendajo—. Precisamente yo voy allá ahora mismo. (Hay que tener en cuenta, para que estemos prevenidos, que ese mercado de que hablaba era la huerta del tío Curro).

—¿Y dónde está eso?—dijo Gazapito.

—Pero si es el sitio donde toda la gente del bosque va a buscar nabos y lechugas—, contestó el pícaro de Arrendajo.

—¡Uy, y con lo que a mí me gustan los nabos!—dijo Gazapete.

—¡Pues y a mí!—dijo Gazapito—. ¡Anda, vamos con él!

Y olvidando todas las recomendaciones de la madre, el peligro de andar con gente desconocida y hasta el cuento de marras, se dejaron guiar por Juanito Arrendajo y tomaron alegremente el camino del mercado.



...y... ¡cataplúm! saltó la trampa, cogiendo a los dos dentro de ella.

PRISIONEROS

Habían andado un buen trecho a través del bosque, cuando de repente gritaron Gazapito y Gazapete alborozados:



—¡Un nabo!

Y corrieron los dos a cogerlo.

—Es mío—dijo Gazapito.

—No, que lo ví antes — dijo Gazapete.

Y como en la excitación que tenían no podían notar los mellizos la astucia con que estaba colocado el nabo, lo agarraron los dos a un tiempo, y... ¡cataplúm! saltó la trampa, cogiendo a los dos dentro de ella.

Como los mellizos eran muy pequeños y no habían visto nunca una trampa, creyeron que se trataba de una broma de Juanito Arrendajo, el cual vendría ense-

guida a sacarlos de allí dentro; así es que se pusieron a dar tirones del nabo para quitárselo el uno al otro.

Pero como el tiempo pasaba y no los sacaba de allí su amigo, los mellizos empezaron a sentir miedo y, llenos de impaciencia, probaron a escaparse. Pero cuantos más esfuerzos hacían por salir, tanto más se reía Juanito Arrendajo, porque el muy pícaro sabía muy bien, desde hacía tiempo, que aquella trampa estaba allí, y con todo propósito los había llevado para que cayeran en ella.

Cansado al poco rato de contemplar cómo se revolvían de un lado para otro, les dijo con una risita de mala persona:

—¡Tontainas! Mucho lo siento, pero no puedo esperar a que salgáis de ahí.

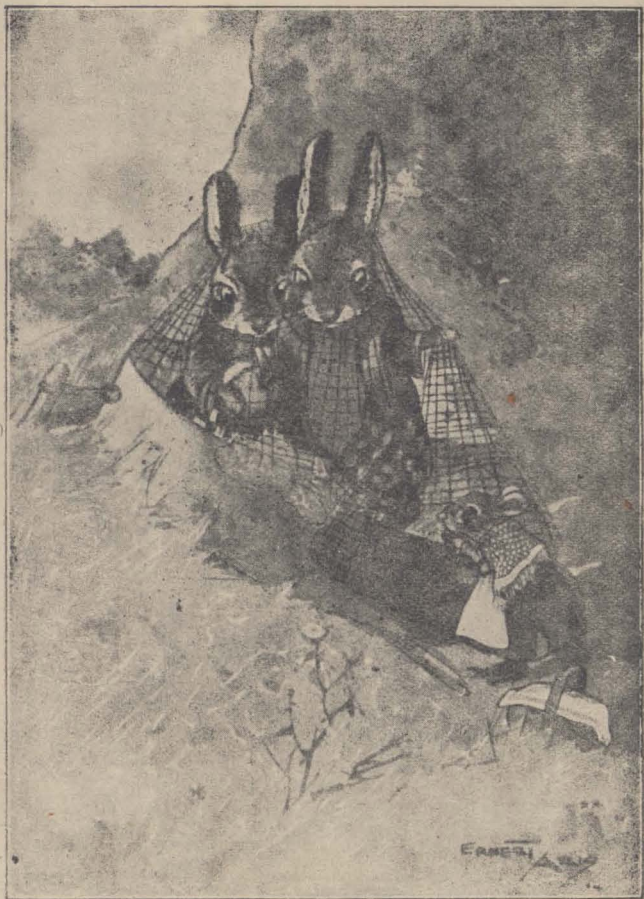


Cuentos de Calleja

Y salió volando para buscar ocasiones de hacer nuevas picardías.

Entonces se enteraron los mellizos de que el nabo había sido colocado allí para hacerles caer en la trampa y de que estaban prisioneros.





Y sin perder momento se puso a roer la red con toda diligencia.

MARIQUITA RATA

Los pobres mellizos, cada vez más asustados, tiraban de la red que cubría la trampa y trataban de romperla, hasta que, rendidos del esfuerzo y medio muertos de cansancio, se echaron por tierra llenos de desesperación.

Tenían demasiado miedo para pensar en comerse el nabo, y se les vino a la cabeza el recuerdo del cuento que su madre les había contado.



—No debíamos haber hecho caso de ese granujilla—
dijo Gazapito.

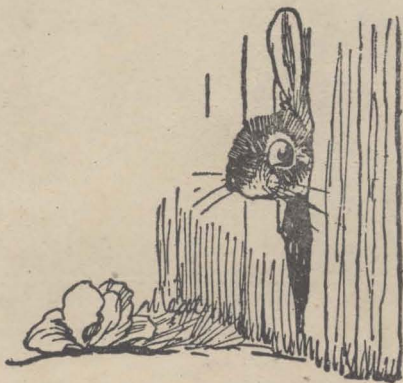
—Lo mismo digo yo—exclamó Gazapete echándose a
llorar, porque pensaba en las horribles cosas que les po-
dían ocurrir si no lograban salir de la trampa.

Afortunadamente, en aquel preciso momento pasaba
por allí Mariquita Rata, que, al divisar a los mellizos, se
dió a escape cuenta de lo que les ocurría, y exclamó:

—¡Qué tontos sois, hijos!

Y sin perder momento se puso a roer la red con toda
diligencia.

En un abrir y cerrar de ojos hizo un agujero lo bas-
tante grande para que los mellizos pudieran escurrirse
por él, y podéis estar seguros de que no perdieron tiempo
en salir de aquel mal paso.





...salieron corriendo para salvar el pellejo...

Estaban locos de alegría por verse de nuevo libres y, llenos de agradecimiento a Mariquita Rata por lo que por ellos había hecho, le dieron las gracias una porción de veces.

Mariquita Rata se marchó, pero antes de dejarlos les contó que el bosque estaba lleno de peligros para unos conejillos tan chicos como ellos, y les aconsejó que volvieran a su casa y que otra vez no se marcharan tan lejos.



¡CUIDADO CON EL PERRO!

Pero los mellizos se volvieron a sentir valientes y olvidaron toda prudencia.

—Yo no tengo ganas de volver a casa—dijo Gazapito.

—Ni yo tampoco. Hay que pasar un día entero fuera de ella—dijo Gazapete.

Y momentos después corrían los dos de nuevo por el bosque.

De repente se pararon al encontrarse frente a una valla, en la que habia escritas estas palabras: *¡Cuidado con el perro!*

Llenos de curiosidad, metieron un ojito por una rendija que habia en la valla y vieron una huerta llena de





—¡Tontainas!—exclamó el Reyzeueño.—Estáis muy lejos de vuestra casa.

Cuentos de Calleja

coles, lechugas y perejil, en una palabra: de todo lo que puede gustarle a un conejillo.

—Este debe de ser el Mercado—dijo Gazapito.

—¡Sí, sí! ¡Anda! ¡Vamos a entrar!—dijo Gazapete.

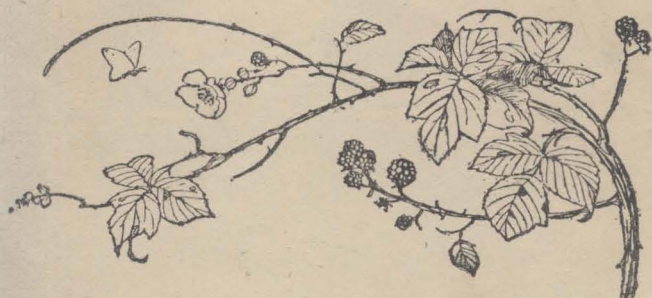
En el momento en que estaban escurriéndose por la rendija de la valla oyeron una vocecita que decía:

—No entréis en esa huerta. ¿No sabéis leer? Ese letrero dice: ¡Cuidado con el perro!

Los mellizos volvieron la cabeza y se encontraron con que la vocecilla era de Rodriguito Rana, que estaba sentado allí cerca, encima de una piedra. Pero como ellos no habían oído hablar en toda su vida de lo que fuese un perro, no hicieron el menor caso de la advertencia y pronto se encontraron en la huerta saboreando las lechugas.



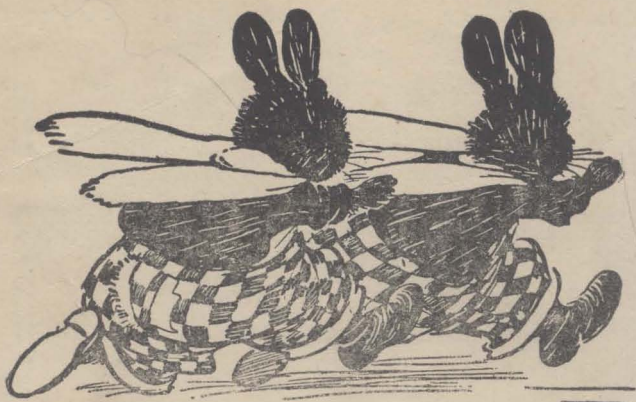
De repente oyeron un gruñido, un ladrido y los pasos de alguien que se acercaba precipitadamente: era el perro, que estaba casi encima de ellos. Los mellizos quedaron horrorizados. Aunque nunca habían visto un perro, como éste tenía una facha tan feroz y tan salvaje, salieron corriendo para salvar el pellejo, consiguiendo es-



capar por la tabla rota en el preciso momento en que el perro llegaba hasta ella. Afortunadamente, el perro era demasiado grande para pasar por allí, pero se le quedó entre los dientes un buen trozo de los pantalones de Gazapete.

Y mientras los pobres mellizos corrían como alma que lleva el diablo, pudieron oír esta reflexión de Rodriguito Rana:

—¡Qué tontos sois!



UN BUEN CONSEJO

Los mellizos siguieron corriendo a través del bosque, sin atreverse siquiera a volver la cabeza.

—¡Tontainas!—gritó desde la copa de un árbol, al verles pasar en aquella facha, Tomasito Petirrojo.

—¡Tontainas—chilló Marianita Musaraña, escondida en su agujero—. Pero los mellizos estaban demasiado asustados para hacer caso de esas amonestaciones, y siguieron corre que te corre hasta que, rendidos de cansancio, tuvieron que pararse para respirar. Se dejaron caer sobre unos helechos, y, durante un buen rato, ninguno de los dos dijo ni una sola palabra.

—¡De buena hemos escapado!—exclamó al fin Gazapete, cuando se encontró algo más tranquilo.

—¡Y todo esto nos ha ocurrido en un solo día de excursión!—dijo Gazapito, volviéndose de nuevo valiente al ver que no había señal ninguna de que el perro los siguiera.

—¿Qué es eso de que todo ha ocurrido en un solo día de excursión?—preguntó una voz. Era el Reyezuelo que estaba allí cerca, encaramado en la rama de una zarza.

Gazapito le contestó contándole todas las aventuras que les habían ocurrido desde que salieron de su casa.

—¡Tontainas!—exclamó el Reyezuelo—. Estáis muy lejos de vuestra casa. Hacedme caso y volved en seguida a ella. Un bosque tiene demasiados peligros para que anden solos por él dos conejillos como vosotros.

Pero los mellizos no le hicieron el menor caso.

A mí me divierte mucho andar solo fuera de casa—dijo Gazapito.

Y a mí también—dijo Gazapete.

Y como estaban los dos demasiado excitados para volverse atrás, otra vez salieron corriendo a través del bosque.

LAS PASADERAS

Lo que yo no quisiera es tener tanta hambre—dijo Gazapito.

También tengo yo ganas de tomar alguna cosilla—dijo Gazapete.

—Pues me parece que tendremos que comer hierba, porque lo que es las lechugas y los nabos están hoy bastante difíciles de coger—contestó Gazapito—. Y empezaron a darse una buena comilona de hierba.

Mientras estaban engulléndola pasó, revoloteando muy despacio, una gran mariposa blanca.

—¡Oye, mariposa!—gritó Gazapito—¿adónde vas tú tan despacito?

—Voy aquí cerca, a un sitio precioso que está lleno de coles,—contestó la mariposa.

—Nos gustan mucho las coles—dijeron los mellizos—; saben mucho mejor que la hierba.

—Venid conmigo si queréis—dijo la mariposa;—pero os advierto que tenéis que cruzar el arroyo por las pasaderas.

¡Toma, si eso es muy fácil!—dijeron los mellizos—, que de nuevo estaban animadísimos. Y siguieron a la mariposa hasta llegar a las pasaderas.



...y al volverse para agarrar a su hermano, ¡chás!... ¡chás!...
se fueron al agua de cabeza...

Cuentos de Calleja

Me parece que no lo vais a encontrar tan fácil—dijo la mariposa, mientras alegremente volaba por encima del arroyo.

Los mellizos, al verse ya realmente delante de las pasaderas, no se sintieron tan valientes como antes.

—Pasa tú delante—dijo Gazapete.

—No, no; tú primero —dijo Gazapito.

—Pensando en los repollos, Gazapete se adelantó valientemente a cruzar el arroyo, seguido muy de cerca por Gazapito; pero a la mitad del camino empezó Gazapito a sentir miedo y se cogió a Gazapete, y como las epidras estaban muy mojadas y escurridizas, Gazapete dió un resbalón y al volverse para agarrar a su hermano... ¡chás!... ¡chás... se fueron al agua de cabeza.



LA MADRIGUERA DEL ZORRO



Afortunadamente, el arroyo no era muy profundo, y los mellizos pudieron llegar a la otra orilla, pero calados hasta los mismísimos huesos. Lo peor del caso era que no se veía por ninguna parte a la mariposa y tuvieron, por lo tanto, que renunciar a la idea de regalarse con un banquete de coles.

—¿Y para qué queremos las coles? —dijo Gazapete—. Además puede ser que haya otro perro. Lo mejor es que sequemos nuestros trajes al sol y comamos un poco más de hierba—. Y de nuevo se pusieron a merendar.

Cuando hubieron comido bastante, se echaron a dormir hasta que se les secaran los vestidos. Durmieron un buen rato y despertaron luego tiritando de frío, porque el sol se había ya puesto y el cielo estaba cubierto de nubes. Como los trajes se habían secado ya, se vistieron a toda prisa y continuaron de nuevo andando a través del bosque.

Cuentos de Calleja



...porque habéis de saber que yo soy don Zorro...

Los mellizos de doña Coneja

— ¡Qué oscurito se está poniendo! — exclamó Gazapete.

— Y me parece que va a llover — añadió Gazapito, mirando al cielo.

No había acabado de decir esto cuando cayeron las primeras gotas, a las que siguió el distante ruido de un trueno. Los mellizos se asustaron mucho y empezaron a sentir miedo de encontrarse tan lejos de su casa. Cerca del sitio en que se hallaban había un árbol, y viendo al pie del árbol un gran agujero, decidieron meterse en él.

— Me parece a mí que aquí debe vivir alguien — dijo Gazapito.

— Vamos a entrar y veremos lo que hay — dijo Gazapete — . Y se metieron dentro.

Se encontraron en un túnel que se iba ensanchando hasta formar una habitación muy cómoda. Llenos de



Cuentos de Calleja

asombro miraron alrededor suyo y vieron una cama de hojas secas.

—Pues parece que aquí no hay nadie—dijo Gazapito—. Mira, vamos a echarnos aquí y esperemos a que pase la tormenta.

No hicieron más que acostarse y se quedaron profundamente dormidos.

Hacia un buen rato que estaban durmiendo, cuando los despertó una voz muy bronca que decía:

—¡Cuanto me alegro de que hayáis venido! Me gustan mucho los gazapillos, y precisamente estaba pensando en lo que podría tener para la cena. Porque habéis de saber que yo soy don Zorro.

Los mellizos habían oído hablar muchas veces de don

Zorro, y, horrorizados, dieron un brinco y trataron de escaparse por donde habían entrado, pero don Zorro, que era muy listo, los cogió y atándoles con cuerdas, los metió en un rincón de su madriguera.





...guiados por su libertador se escurrieron silenciosamente fuera de la cueva...

BARTOLILLO TOPO

Después de haberse asegurado de que los mellizos no podían escaparse, don Zorro se durmió en un instante, y debía estar soñando con la cena que le esperaba, porque tenía en la cara una sonrisita de plācer quedaba gusto.

Lucharon los mellizos mucho tiempo por quedar libres de sus ataduras, pero viendo que sus esfuerzos no servían para nada, se agacharon en el rincón, temblorosos de miedo y recordando con todos sus detalles el cuento que les había contado su madre.

—Debe de ser el mismo Zorro de que hablaba mamá —dijo en voz muy bajita Gazapete.

—No creo yo eso —dijo Gazapito —porque éste ha





Cargados, pues, de buenas intenciones, corrieron con toda prisa a reunirse con la pobre mamita...

Cuentos de Calleja

dicho que le gustan mucho los conejillos, de manera que no nos comerá.

— No lo asegures demasiado — dijo muy quedo una vocecilla cercana con una entonación muy cariñosa. Miraron los mellizos al sitio de donde venía y se encontraron con Bartolillo Topo, que fabricando agujeros para buscar gusanos había hecho casualmente uno que venía a dar a la madriguera del Zorro.

Con toda prisa y silenciosamente se puso Bartolillo Topo a roer las cuerdas que sujetaban a los mellizos. Apenas se atrevían los pobres a respirar de miedo a despertar a don Zorro, y aunque Bartolillo Topo trabajaba con toda su alma, a ellos les parecía que nunca llegarían a romperse las cuerdas. Don Zorro dió una vuelta en su asiento y gruñó entre dientes algo sobre un pastel de conejo, y los mellizos, muertos de terror, casi perdieron el sentido; pero, afortunadamente, don Zorro esta-





...y se echaron a llorar; y tanto lloraron que se durmieron.

Cuentos de Calleja

ba soñando. Al fin y al cabo Bartolillo Topo acabó de roer las cuerdas, los mellizos se encontraron libres, y guiados por su libertador se escurrieron silenciosamente fuera de la cueva.

La tormenta había pasado, el sol se estaba poniendo y la noche se echaba encima.



—Y ahora, a casa de prisita— les dijo Bartolillo Topo—; y advirtiéndoles de los peligros que podían correr en el bosque, se despidió de ellos.

Pensaron los mellizos que Bartolillo tenía razón y que no había en realidad mejor sitio que su querida casita para descansar de tanta aventura.

Cargados, pues, de buenas intenciones, corrieron con toda prisa a reunirse con la pobre mamita, que tan inquieta debía estar pensando en ellos.

¡PERDIDOS!

Querían los mellizos volver por el mismo camino que habían traído y como ya era casi de noche y se habían internado mucho, no tenían tiempo que perder y aligeraban la carrera sin decir una palabra. Llevaban ya corriendo un largo rato y era completamente de noche, cuando Gazapete empezó a sentirse muy cansado.

— ¡Quién estuviera metidito en su camita! — exclamó, acortando un poco el paso.

— ¡Anda, hombre, que ya no debemos estar muy lejos de casa! — dijo Gazapito, cogiéndolo de la mano y haciéndole correr de nuevo.

Pero Gazapete sentía como si todas las cosas se pusieran delante de sus pies, y el pobre tropezó con las raíces de unos árboles primero, con unas ramas rotas



Cuentos de Calleja



¿Qué hacéis vosotros aquí solos los dos a estas horas de la noche?

después, y, al fin, acabó cayéndose en un agujero. Tantos batacazos dió, que tuvo que sentarse a descansar y a frotarse los huesos, pues los tenía doloridos de los talones a la coronilla.

—No sé dónde nos encontramos —dijo Gazapito— porque de haber seguido el buen camino ya estaríamos en casa de vuelta.

—Tampoco lo sé yo —añadió Gazapete.

—Me está pareciendo a mí que somos realmente unos mellizos muy tontainas —dijo Gazapito que estaba completamente rendido.

Se dieron entonces cuenta de que se habían perdido, y se echaron los dos a llorar; y tanto lloraron que se durmieron.

Una espléndida luna iluminaba aquella noche el bosque, pero no por eso corrían menos peligro nuestros pobres gazapillos.



RABINILLA COMADREJA

¡Íuu-íuu! ¡Ichchch! ¡Ichchch!

Así silbaba un buho que hizo despertar llenos de sobresalto a los mellizos.

—¿Qué ruido será ese?—dijo Gazapete.

—No lo sé—contestó Gazapito—¿Dónde, dónde estamos?

—¡Ay! Gazapito, mira, ¿qué será eso que hay ahí? balbuceó Gazapete lleno de espanto.

Enteramente al lado de ellos había un animal muy pequeño, de color semejante al de un cervatillo, que los miraba fijamente con dos ojos verdes y entreabría la boca con cruel sonrisa dejando ver unos dienteCILLOS muy blancos y afilados

—Permitidme que me presente yo misma—dijo la desconocida.—Me llamo la señorita Comadreja, aunque los habitantes del bosque me dan el remoquete de Rabinilla Comadreja.

Doña Coneja les había prevenido en tantas ocasiones contra Rabinilla Comadreja, que en cuanto oyeron este nombre les faltó tiempo a los conejillos para dar media vuelta y salir huyendo con la





Corrían y corrían sin descanso, hasta que, al cabo se sintió Gazapito tan profundamente cansado ..

rapidez de un relámpago. Corrían como una flecha a través del bosque, pero siempre que se atrevían a mirar para atrás, veían a la Comadreja que casi les pisaba los talones.

Parecía que el miedo prestaba alas a sus patas cansadas, mas como estaba demasiado oscuro para que se pudiese ver el sitio por donde iban, Gazapito tropezó y cayó rodando al suelo.

La Comadreja lo cogió al momento y aunque el pobre Gazapito luchó con todas sus fuerzas, la Comadreja le dió un mordisco en el rabo y le hincó los dientes en la ropa. De repente se oyó un ruido como algo que se rasga, y, llena de susto, la Comadreja se cayó de espaldas con la boca llena con los fondillos del pantalón de Gazapito. No sabía ella que las telas se rompían, y mientras se le pasaba el susto, los mellizos corrieron un buen trecho y todo temblorosos se agazaparon sobre unos helechos, creyendo haberse salvado de la persecución de la Comadreja.



PERIQUITO · ARDILLA

Se estuvieron los mellizos muy callados, acurrucados un buen rato, y como no oían venir a la Comadreja, se decidieron a continuar su camino. Anduvieron al principio con muchísimo cuidado y al menor ruido corrían a esconderse entre los helechos; pero pronto se les fué quitando el miedo y corrieron más deprisa.



Al pasar al pie de un gran árbol se sobrecogieron al oír una voz que decía allá en lo alto:—¿Qué ruido es ese? ¿Quiénes son esos que no me dejan dormir?



Cuentos de Calleja



...corrieron a su encuentro gritando: ¡Madre! ¡Mamaíta!

Los mellizos de doña Coneja

Era Periquito Ardilla, que se quedó sorprendido la ver a los mellizos, y les dijo: — Tiempo es ya de que todos los conejillos decentes estén metiditos en su cama. ¡Qué hacéis vosotros por aquí solos los dos a estas horas de la noche?

Los mellizos se excusaron por haberle molestado involuntariamente, le contaron sus aventuras y le preguntaron cuál era el camino para ir a Villagazapo.

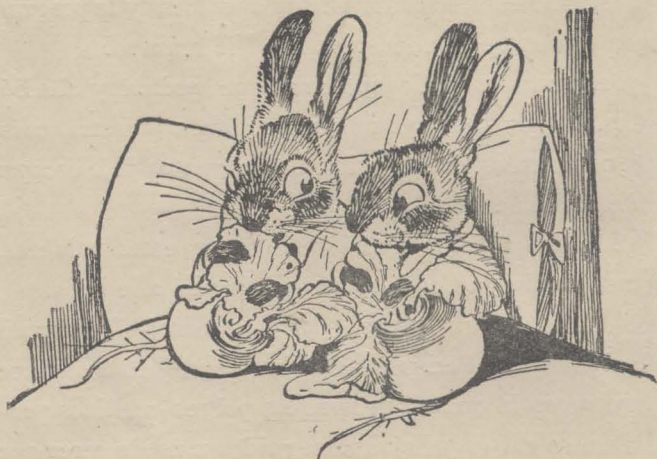
Periquito les dió los informes que pedían y añadió: — Tenéis que volver inmediatamente a vuestra casa, porque no creo que Rabinilla Comadreja os deje escapar así tan fácilmente.

Y aun no había acabado de decir estas palabras, cuando Rabinilla Comadreja apareció allá a lo lejos.

— ¡Cuidado, que viene! ¡Corred pronto! — Y después de gritarles así, Periquito Ardilla se apresuró a meterse de nuevo en la cama, mientras los pobres mellizos procuraban salvar el pellejo, perseguidos muy de cerca por Rabinilla Comadreja!



SALVACIÓN DIFÍCIL



Y corrieron por el bosque a través de los helechos, enganchándose en las zarzas, saltando las zanjas y chapoteando en el agua, pero seguidos siempre de Rabinilla Comadreja, que les iba pisando los talones, y sin poder pararse a considerar lo mojados y estropeados que llevaban los vestidos, ni los arañazos y cortaduras que tenían en las caras.

Los mellizos de doña Coneja

Corrían y corrían sin descanso, hasta que, al cabo, se sintió Gazapito tan profundamente cansado, que falto de fuerzas, al primer tropezón que dió cayó de nuevo al suelo. La Comadreja estaba casi encima de él y al verla se dió el pobre por perdido.

Cerró los ojos y esperó con resignación su triste suerte, pero lo raro del caso era que la Comadreja no llegaba. Abrió los ojos al poco rato y con asombro vió que Gazapete estaba llorando a su lado y que le tiraba de la chaqueta para levantarlo. A la Comadreja no se le veía por ninguna parte.

—¿Dónde está?—dijo Gazapito muy bajo.

Gazapete, con una voz muy asustada, le respondió señalando una luz que parecía moverse de un lado para otro: —¿Qué será eso que viene ahí?—La Comadreja, al ver la luz, volvió la espalda y dijo: «¡Pies, para qué os quiero!»

Pero fuera lo que fuese, los mellizos estaban demasiado cansados para hacer un nuevo esfuerzo, y llenos de terror se sentaron en el suelo sin apartar los ojos de aquella misteriosa luz que cada vez se les acercaba más, y pensado qué horrible cosa les iba a suceder inmediatamente.

¡MADRE!

Mientras la miraban, la luz se iba acercando poco a poco al sitio en donde ellos estaban sentados. Luego les pareció oír una voz. La luz se acercó todavía más y la voz se oyó más claramente. Era como un tristísimo lamento que gritaba:

—¡Gazapito! ¡Gazapito! ¡Gazapete! ¡Gazapete!

Era la voz de doña Coneja, que con un farol en la mano había salido en busca de sus gazapillos. Reconocieron los mellizos al momento la voz de su mamá, y locos de alegría corrieron a su encuentro, gritando: ¡Madre! ¡Mamaíta!

—¡Pobres mellizos míos!—exclamó doña Coneja—. ¿Dónde habéis estado metidos todo el santo día?

Gazapito y Gazapete le contaron todo lo que les había ocurrido y le prometieron no volver otra vez a dejar su casa sin tener el permiso de su madre. Ella les perdonó la desobediencia porque estaba tan contenta de tenerlos de nuevo consigo, que no podía enfadarse con ellos, y cogiendo a cada uno de una mano, emprendieron los tres

Los mellizos de doña Coneja

a toda prisa la vuelta a la casita. Se quitaron allí todas las ropas mojadas y en cuanto se lavaron los arañazos y cortaduras y curaron sus golpes, los metió su madre en una cama bien calentita, dándoles a cada uno un grande y jugoso nabo. Dieron luego un beso y las buenas noches a su querida madrecita y al momento se quedaron dormidos como un tronco.

Y yo os aseguro que nunca más se les ocurrió a nuestros conejillos escaparse de nuevo de Villagazapo.



PEZUÑITA Y ROENUECES





Salen en busca de nueva casa.



CAPÍTULO PRIMERO



PEZUÑITA y Roenueces, y su papá y su mamá, no habían vivido nunca más que en *Villa Boquete*, espléndida quinta situada en un suntuoso rincón detrás del armario de la cocina.

Pero un día los dueños de la casa se marcharon y pusieron en ella un cartel con este letrero; «Se alquila». Y, ¡claro!, como la casa se quedó completamente vacía, el señor y la señora de Ratónéz no podían encontrar cosa alguna que comer por ninguna parte; en vista de lo cual liaron sus bártulos y salieron a la calle en busca de nueva vivienda.

No habían andado mucho cuando llegaron a un arroyo muy chiquito. El señor Ratónéz cogió un trozo de corteza de árbol y construyó un puente que atravesó, con





El puente se rompe.

mucho cuidado, el primero de todos, para asegurarse de su solidez.

La señora Ratónes siguió a su esposo, y, por último, Pezuñita Ratónes y Roenueces Ratónes, cogidos de la mano, se dispusieron también a atravesarlo.



Pero en el momento de llegar a la mitad del puente, les sucedió una cosa horrible: ¡el puente se rompió y Pezuñita y Roenueces cayeron al agua!

Su papá y su mamá quedaron aterrorizados. Llenos de dolor echaron a correr y trataron por todos los medios de salvar de tan tremendo peligro a sus dos queridísimos hijitos. Pero la corriente era muy violenta, y Pezuñita y Roenueces, arrastrados por ella, desaparecieron de la vista de sus atribulados padres, sin que fuera posible prestarles auxilio.





CAPÍTULO SEGUNDO

Pezuñita y Roenueces, llenos de terror, nadaban desesperadamente para no hundirse. Felizmente, un pedazo de la corteza de árbol que formaba el puente hundido, flotaba junto a ellos. Con grandes esfuerzos y fatigas consiguieron trepar sobre el pedazo de corteza, que se movía mucho y resbalaba más, pero al fin pudieron sostenerse, que era muy difícil, porque aun apretándose el uno contra el otro, apenas si tenían el sitio preciso para los dos.



Abrigan la esperanza de que la balsa corriese hacia la orilla, donde papá y mamá les hubiesen sacado del aprieto. Pero ¡cá!, la corriente llevaba la balsa cada vez con mayor rapidez.

Entretanto los pobres señores de Ratónes corrían por la



La corriente arrastra a Pezuñita y Roenueces.

Cuentos de Calleja



orilla, llenos de angustia, tratando de alcanzar a sus queridos Pezuñita y Roenueces, que navegaban rápidamente arroyo abajo, con un susto dentro del cuerpo como en su vida lo habían tenido.

A medida que el arroyo avanzaba se hacía más ancho y profundo. Luego entró en un bosque lóbrego y sombrío. Abundaban allí los guijarros y peñascos, y a cada momento temían los ratoncillos que la corriente les lanzase contra uno de ellos, porque las aguas giraban y se arremolinaban de un modo terrible.

—Apriétate bien contra mí, querido Roenueces—dijo Pezuñita. Pero en el momento de decir esto, la balsa chocó contra una roca y se rompió en mil pedazos. Y los





CAPÍTULO TERCERO

pobres ratoncillos quedaron de nuevo luchando en las aguas frías y profundas.

Un furioso remolino arrastraba a Pezuñita y Roenueces hacia una parte del arroyo que era muy ancha y profunda, donde el agua corría más lentamente y cuya superficie estaba cubierta de nenúfares. Estaban allí en mayor peligro que nunca, porque mientras eran arrastrados rápidamente se las habían podido arreglar para sacar la cabeza fuera del agua, pero ahora empezaron a hundirse.

En línea recta se hundieron bajo el agua; pero nadan-



Cuentos de Calleja



Salvamento de Pezuñita por Roenuces.

Pezuñita y Roenueces

do con todas sus fuerzas lograron subir de nuevo a la superficie y respirar cuando ya estaban medio asfixiados.

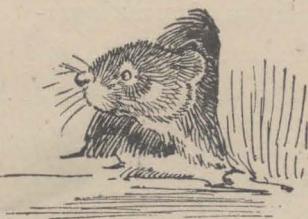


No muy lejos flotaba una gran hoja de nenúfar, y bregaron y se esforzaron para alcanzarla; pero, cuando ya casi la tocaban, Pezuñita se enredó en unos hierbajos y por segunda vez hundieron hasta tocar casi el fondo.

De nuevo subieron a la superficie, y esta vez muy cerca de la hoja. Pezuñita estaba tan enmarañada con aquellas hierbas que ni siquiera podía moverse, pero Roenueces logró alcanzar la hoja y, trepando a ella como pudo, echó una mano a Pezuñita. Tenía ésta un manojo de hierbas que le daban vueltas y vueltas al cuerpo, y ayudándose de ellas, consiguió, al fin, Roenueces subirla al lado suyo.



CAPÍTULO CUARTO



Al parecer, ya no les quedaba otro remedio que ahogarse o morir de hambre, porque estaban absolutamente solos en medio del río, y el río era muy ancho y profundo. Pero doña Rata de Agua los contemplaba desde su casa de la orilla, a cuya puerta principal se hallaba, por casualidad, asomada. Había presenciado su valiente lucha por la existencia, y nadando a través del río, los llevó uno a uno a la orilla (primero a Pezuñita, porque era muchacha, y luego a Roenueces, porque era un niño) y los dejó sanos y salvos en la playa.

Doña Rata de Agua era una excelente persona, de muy buenos sentimientos y de gran corazón, como acababa de demostrar con el salvamento de los señoritos de Ratónez. Pero tenía ya muchos años y bastante mal ge-





Doña Rata de Agua conduce a los Ratoncillos a tierra firme.

Cuentos de Calleja



nio. Además como solterona vieja, no le gustaban mucho los chicos, Pezuñita y Roenueces empezaron a deshacerse en frases de gratitud y a decirle a doña Rata de Agua que no olvidarían nunca tan generosa acción.

—Mi papá y mi mamá sabrán premiar a usted este gran servicio, señora doña Rata de Agua—, decía Roenueces.

—Sí, sí—decía Pezuñita—, muchas gracias doña Rata de Agua, muchas gracias.

—¡No hay de qué! ¡No hay de qué! ¡Adios! Dejadme en paz—, dijo bruscamente la vieja solterona.

Y dando media vuelta se metió en su casa muy de prisa.

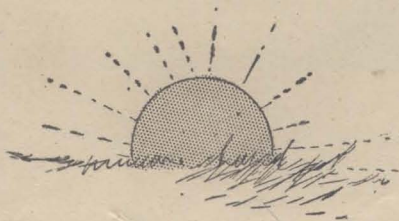
Pezuñita y Roenueces quedaron en una triste situación. Solos en un grandísimo bosque, hechos una sopa y muertos de hambre. No tenían hogar y la noche se acercaba. Cogidos de la mano, anduvieron de un lado para el otro, en un estado lastimoso, buscando en vano alimentos y refugio, y deseando de todo corazón poder despertar en su inolvidable *Villa Boquete* y encontrarse con que todo era un sueño. Al fin, rendidos de fatiga, se acurrucaron bajo un árbol, abrazados uno a otro para conservar el calor y se quedaron dormidos.



CAPÍTULO QUINTO

Así pasaron toda la noche en el bosque, exactamente como Juanito y Margarita. La tía Lechuza bajó volando muy cerca con sus grandes alas blancas, y gracias a que no los vió, porque no es muy buena amiga de los ratoncillos. Un ratón de campo pasó y trató de despertarlos haciéndoles cosquillas, pero no logró que moviesen ni una pestaña.

Al clarear el día pasaban por allí dando saltitos Paco Petirrojo y su señora, dos lindos pajarillos que habían salido en busca del desayuno, cuando de pronto descubrieron, llenos de sorpresa, a Pezuñita y Roenueces.



Cuentos de Calleja



Don Petirrojo encuentra a dos niños en el bosque.

—Mira, Juanito y Margarita - gritó Paco Petirrojo, grandemente excitado— ¡Pobrecitos! ¡Qué lástima! ¡Se han muerto! Ténemos que traer aquí a todos los demás pájaros y enterrar con hojas a estos pobrecitos—. Pero Mimi—, la señora de Petirrojo -, interrumpió a su marido diciéndole:



— No están muertos, hombre: fíjate, están durmiendo.

— ¡Es verdad! ¡Qué alegría! ¡Anda, vamos corriendo a buscar ayuda para ellos! —dijo Paco Petirrojo; y los dos salieron volando para traerse a todos los pájaros que encontrasen.

De manera que cuando Pezuñita y Roenueces despertaron, se encontraron con una multitud de pájaros amigos que se agitaban y revoloteaban alrededor de ellos.



CAPÍTULO SEXTO



Pezuñita y Roenueces estaban al principio enormemente azorados y asustados y no podían hacer memoria de dónde se encontraban. Pero en seguida se repusieron y contaron su triste historia. Los pájaros estuvieron muy amables y compasivos y fueron a preguntar a don Mochuelo, — un viejo muy respetado en el bosque por sus años y por su ciencia—, qué era lo mejor que podían hacer en obsequio de los ratoncitos.

Después de meditar una hora y cuarto, con un ojo cerrado, replicó don Mochuelo.

—Dadles ropa limpia y seca.

—¡Magnífica idea!—exclamaron todos—, y dicho y hecho.





Los pájaros traen alimento a los Ratoncitos.



Paco Petirrojo les trajo un chaleco encarnado, la señorita Golondrina un frac con faldones tan largos como su cola; Lili Gorrión unas faldas de color pardo, Pepe Mirlo y Curro Vencejo unos zapatos nuevecitos; y, en fin, entre todos equiparon a los dos ratoncillos con trajes de pájaro, que les daban un aspecto bastante estrafalario, pero ¡era tan agradable estar bien calentitos!

Después fueron de nuevo los pájaros a preguntar a don Mochuelo. Y esta vez tardó dos horas y media antes de contestar.

—Dadles alguna cosa de comer.

Salieron corriendo todos los pájaros para buscar caracoles, gusanillos, espigas de maíz, frutas, raíces y todo lo que pudieron encontrar, para alimentar a los simpáticos huéspedes del bosque. El maíz y las frutas estaban deliciosos, pero Pezuñita y Roenueces se negaron cortésmente a comer los gusanillos y los caracoles.





CAPÍTULO SÉPTIMO

Cuando los pájaros limpiaron todas las migas de la comida y pusieron a secar los vestidos mojados, volaron de nuevo en busca de don Mochuelo, a preguntarle: —¿Qué debemos hacer ahora?—Al cabo de tres horas y tres cuartos, bostezó don Mochuelo;—Construidles una casa para que vivan en ella, y no me déis más la lata.

¡Cómo trabajaron—¡Dios mío!—los benditos pájaros! Doña Urraca puso unos cimientos de palitos; la señorita Golondrina y Paco Petirrojo construyeron con barro las



Cuentos de Calleja



La casa que los pájaros construyeron.

paredes, Pepe Mirlo y Curro Vencejo abrieron boquetes para las puertas y ventanas; y los demás cubrieron el tejado con plumas y con paja. En un abrir y cerrar de ojos tuvieron Pezuñita y Roenueces la más bonita casa que puede soñarse. Tiempo hacía que no se habían encontrado tan a gusto. Le dieron vueltas por todos lados, curioseándolo todo, y mientras más la miraban más les gustaba.

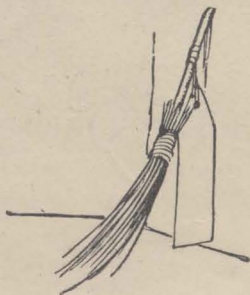
Los armarios eran una verdadera monada, y los pájaros prometieron traerles comida todos los días. Lili Gorrion les había hecho una despensa preciosa, y cuando los pájaros traían frutas, bellotas y granos, les enseñaba a Pezuñita y a Roenueces cómo tenían que almacenarlos debidamente, de manera que no se estropeasen.





CAPÍTULO OCTAVO

Realmente no cabía mayor amabilidad de la que con ellos tenían los habitantes del bosque. El viejecito señor Topo trajo una grande y bella seta para mesa de cocina; Juanico Gazápez preparó una preciosa cama con paja y flores de cardo; Paco Petirrojo trajo unas setas chiquitas que, aunque venenosas, bien podían servir para taburetes. Y allí había copas de bellotas para beber en ellas; cáscaras de hayucos para fuentes; piñas de abeto para el fuego y unas escobitas monísimas para barrer el suelo





Los habitantes del bosque traen regalos para la casita.

Cuentos de Calleja



que, afectuosamente, había hecho para ellos el Saltamontes. Cada día tenían más visitas los dos ratoncitos y eran sorprendidos con regalos más bellos y útiles.

Ninguno de los dos dejaba de trabajar. Roenueces tejía una magnífica alfombra con musgos de colores verdes y amarillos. Pezuñita colgaba las camas y las ventanas con cortinas de hojas de rosa y amapola. Y entre ambos hicieron con la mitad de una vaina de castaña un precioso molde para flanes, dejando los pinchos para fuera, naturalmente.

En resumen, que después de *Villa Boquete*, esta casita era como un palacio. Todas las noches, Pezuñita y Roenueces, se daban unas vueltecitas de baile antes de meterse en la cama, y aprendieron a tocar unas piececitas en una mandolina, hecha con una cáscara de nuez y unas cuerdas de hierba seca.



CAPÍTULO NOVENO



Pero durante todo este tiempo, a pesar de ser tan felices en la deliciosa casita, Pezuñita y Roenueces no se olvidaban de su papá y de su mamá. ¡Tenían tantas ganas de estar de nuevo con ellos! Casi todos los días algún pájaro u otro animal venía a la puerta con la noticia de que se había visto andar por el bosque a dos ratoncillos perdidos. Pero siempre que Pezuñita y Roenueces corrían a ver de qué se trataba, volvían descorazonados porque no era ninguna persona conocida. Sólo una vez creyeron ver, en efecto, allá, a lo lejos a sus padres, pero resultó que eran dos ratones de campo muy chiquitillos.

Un día de invierno, de mucha nieve, Roenueces dijo: —No puedo soportar esto más, Pezuñita. ¡Voy en busca de ellos!—Y se echó a la calle, dejando a su hermana preparar el té para cuatro personas, como hacía todas las no-



Cuentos de Calleja



Roenueces sale en busca de su padre y de su madre.





ches, por si sus queridos papaitos venían a la casa. Alumbró el fuego, barrió el hogar, se sentó y esperó. Pero el agua de la tetera hirvió y Roenueces no volvía, Ella esperaba y esperaba, pero no oía la menor señal de Roenueces. Por fin, Pezuñita se sintió tan solitaria e inquieta que, cogiendo una linterna de luciérnaga, salió ella misma en busca de su hermano.



CAPÍTULO DÉCIMO



Por la débil luz de la linterna de luciérnaga, Pezuñita vió algunas pequeñas huellas en la nieve; estaba segura de que eran de Roenueces porque nadie más en el bosque tenía zapatos como los suyos. La nieve había borrado casi las huellas, pero ella las fué siguiendo como buenamente pudo.

Poco después encontró un botón que reconoció que era de su chaqueta. — ¡Pobrecito mío — pensó Pezuñita —; ahora no va a poder abrocharse bien su chaqueta y va a coger un resfriado! — Y trabajosamente se puso de nuevo en camino, llamando — ¡Roenueces, Roenueces! — en las oscuras sombras del bosque.



Vió luego en la nieve un pañolito; y entonces tuvo ya seguridad de seguir la buena pista, porque Roenueces estaba siempre perdiendo los pañuelos. Lo cogió del suelo y, en efecto, suyo era, porque tenía una «R» en un



Pezufita se encuentra el pañuelo de Roenueces.

Cuentos de Calleja

pico. Siguió adelante, moviendo la linterna a un lado y a otro, la noche se hacía más negra y más negra, y más fría y más fría. A Pezuñita le dolían las piernas terriblemente y sintió mucho susto. Le parecía ver casas detrás de los árboles, casas como las de la tía Lechuza y de otra gente con quienes no tenía el menor deseo de encontrarse. Pero, a pesar de todo, avanzó valerosamente.





CAPÍTULO UNDÉCIMO

De pronto oyó una alegre exclamación, y se detuvo. Era la voz de Roenueces, que muy cerca de ella, gritaba:— ¡Pezuñita! ¡Pezuñita! ¡Aquí estamos!

— ¡Y aquí estoy yo! —respondió Pezuñita; y olvidando lo cansada que estaba, salió corriendo. Llegó a un gran árbol hueco y allí se encontró a Roenueces con su papá y su mamá, con quienes al fin había dado y llevaba a la casa, cuando la noche se echó encima y tuvieron que buscar abrigo. Ahora, gracias a Pezuñita, pudieron volver a la casita, alumbrados por la luz de la linterna. Los dos ratoncillos eran tan felices y estaban tan excitados que cuando



Cuentos de Calleja



El encuentro.

Pezuñita y Roenueces

al fin se metieron en la cama, no pudieron coger el sueño durante un largo rato.

Y Pezuñita y Roenueces y su papá y su mamá vivieron ya siempre muy felices en su casita del bosque.





PELUSILLA







E! cartero trae una carta para Pelusilla

CAPÍTULO PRIMERO



En un gran campo de hierba, verde todo él como una esmeralda y salpicado de lindas florecillas rojas, blancas y azules, había una vez un frondoso roble, que seguramente tenía muchos cientos de años, porque era altísimo y muy corpulento. Debajo de aquel roble majestuoso se ocultaba una monísima casita muy pequeña, pero linda, cómoda y elegante. Vivía en ella un matrimonio de conejillos, don Rabón Gazapo y su señora, en unión de su hija, Pelusilla, la más bonita conejilla que os podéis imaginar.

Era una clara mañana del estío. El cartero, que solía traer cartas para don Rabón Gazapo, mostró una que traía y dijo:—No es para don Rabón. Es para la señorita Pelusilla.

Pelusilla se puso toda colorada de gozo y de impaciencia.

¿Qué podría ser?

¿Y qué diréis que era? Pues



Cuentos de Calleja



Pelusilla sale para la fiesta,

nada menos que una invitación para una gran fiesta infantil que, en su gran *Quinta de los Tomillos*, daba pocos días después doña Orejona Conejo, dama riquísima.



Su madre empezó en seguida a prepararlo todo para asistir a la fiesta; así es que cuando llegó el gran día, salió Pelusilla de casa vestidita de nuevo, y su madre se puso a la puerta y la estuvo mirando hasta que se perdió de vista.

Pelusilla llevaba un flamante y delicado vestido de reunión, una preciosa capa colorada y unos moños, también colorados, en los zapatos. Le habían enjabonado muy bien la cara, con ojos y todo, sin que siquiera dijese esta boca es mía, y su madre, entre las muchas recomendaciones que le hizo, le había encargado que tuviera presente tres cosas muy en particular: primera, acordarse de pedirlo todo por favor y de dar las gracias; segunda, no repetir más de dos veces de ningún plato, y tercera, no entre-



tenerse en el bosque, porque como a don Zorro le gusta mucho echarse al colete unos conejitos pequeños a la hora de la cena, anda muchas tardes a la caza de ellos oliendo de un lado para otro.

CAPÍTULO SEGUNDO



Pues señor, Pelusilla iba por el bosque más contenta que unas Pascuas, gozando anticipadamente con lo que pensaba divertirse entre tantos juguetes, tantos bombones y tantas amiguitas como estarían en la fiesta.

Absorta iba Pelusilla en estas deliciosas reflexiones, cuando oyó que alguien se quejaba por allí cerca. Detúvose un instante a escuchar, y pronto vió que era doña Piquito Petirrojo que estaba llorando, y decía:

—¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué haré yo?—y luego se secaba los ojos con el delantal.

Pelusilla, que tenía muy buen corazón, fué corriendo al lado suyo y le preguntó:

—¿Pero qué le pasa a usted?

—Que uno de mis pajarillos se ha caído del nido—pió mamá Petirrojo—y no puedo subirlo a él de nuevo..., porque me he torcido una patita y no me es posible andar.





Pelusilla pone al Petirrojo en su cuna.

Cuentos de Calleja



Y volvió a llorar desconsoladamente:

¡Píu, píu! ¡Píu, píu!

Entonces Pelusilla recogió del suelo al pequeño, que era un pajarillo chiquirritito y precioso,

y con mucho cuidadito lo puso otra vez en su cuna.

—Eres una niña muy buena. ¡Dios te lo pague!—dijo doña Piquito.

—No hay de qué, señora—contestó cortesmente Pelusilla; y después de preguntar a doña Piquito si necesitaba alguna otra cosa, continuó su camino.

He perdido diez minutos—iba pensando mientras andaba con su paso menudito.—¡Ay, Dios quiera que no llegue tarde a la fiesta! ¿Qué hora será?—Y mirando por entre los troncos de los árboles vió que el sol, rojo como una sandía, empezaba ya a ocultarse.

Si sus cálculos no erraban, debían de ser como las seis de la tarde. La invitación era para las siete y media, pero Pelusilla tenía aún mucho que andar; así es que sin hacer el menor caso de Periquito Ardilla, que desde lo alto de un árbol le gritaba que se parase a jugar un rato con él, siguió su camino con toda diligencia.



CAPÍTULO TERCERO



Andando, andando, andando, se encontró Pelusilla con un pobre anciano que buscaba su camino guiándose con un bastón. Iba vestido con un traje aterciopelado, viejo y miserable, y tenía todo el aire de una persona muy desgraciada. Era don Topo, natural de Valboquete, lugar que se encuentra, muy hondo, por entre las raíces de los árboles. Equivocadamente había salido a la superficie siendo aún de día, y la luz le hacía tanto daño en los ojos, que no podía ver ni sus propias narices.

—¡Me perdí! ¡Jamás podré volver a casa! ¡Nunca, nunca más!—gruñía don Topo.

Y a cada paso tropezaba con alguna piedra, y debía hacerse mucho daño porque se quejaba muy fuerte. ¡Ay! ¡Ay!...

A Pelusilla le daba un poquito de miedo acercarse a don Topo, porque sabía que este señor tenía unos dientes muy



Cuentos de Calleja



Pelusilla y Don Topo.

afilados y bastante malas pulgas, pero como no podía dejar de tener buen corazón, se dirigió hacia él y le cogió de la mano. Don Topo la retiró de muy malos modos, y refunfuñó:

—¿Quién eres tú? ¿Qué quieres de mí?

—Sólo quería ayudar a usted para que volviera a su casa—contestó Pelusilla.

Y lo fué guiando hasta que llegaron a la puerta principal de la casa de don Topo. Éste, que se había vuelto ya muy fino y muy amable, le dijo al despedirse:

—Hazme el favor de aceptar este bastón como un modesto recuerdo mío.—Y desapareció. Pelusilla cogió el regalo y siguió de nuevo su camino, que por aquel lugar estaba lleno de mejorana, de romero, de cantueso y de otras hierbas tan apetitosas para la linda conejilla, como las ricas tartas chiquitas de piñonate. Pero no quiso caer en la tentación. Era ya tarde y necesariamente

tenía que estar a las siete y media en la *Quinta de los Tomillos*, donde, además, había por doquier magníficos ramilletes de las hierbas más sabrosas para un conejo.



CAPÍTULO CUARTO



Había andado algo más, cuando, de repente, la dejó sobrecogida un fortísimo y agitado zumbido que no podía ver de dónde venía. Apartó, con mucho cuidadito de no ser vista, unas hojas y se arrodilló para mirar por debajo de las plantas; no vió nada y, guiada siempre por su oído, tuvo que abandonar su camino y se puso a registrar alrededor de unos árboles muy grandes, en uno de los cuales encontró a un precioso Abejorro de color castaño con reflejos grana, que se había enredado en una tela de Araña y que no podía mover ni una sola pata.

—¡Hazme el favor de no meterte en lo que no te importa, Pelusilla!—chilló la Araña, que se disponía en aquel momento, oronda, satisfecha y ansiosa, a comerse al Abejorro.

Pero Pelusilla rompió la





Pelusilla pone en libertad al Abejorro.



tela con el bastón que le había regalado el señor Topo y dió libertad al pobre Abejorro.

—¡Sss!—ronroneó largamente el Abejorro con una especie de afilado zumbido.

—¡Qué bueníssssima eresss!

Mas el pobre se encontraba horribilmente molido de aquel largo y angustioso cautiverio de la tela de la Araña, y pasó bastante rato antes de que pudiera comenzar de nuevo su vuelo. Pelusilla tuvo que cuidarlo afanosamente, de todos los modos que ella sabía y durante un buen rato, hasta que el desdichado pudo usar como antes de sus alas.

Entonces se echó a volar, diciendo, lleno de agradecimiento, por los aires sosegados del anochecer:—No olvidaré nunca, conejita mía, tus bondadesss!

Mientras tanto, el tiempo andaba bastante más de prisa que la tierna Pelusilla. Y se encontró la pobre perdida en la espesura, sin luz ya casi; y como se había tenido que meter por aquellos barrizales para encontrar al Abejorro, tuvo que limpiar delicadamente sus zapatitos de baile con un manojillo de hierba fina, húmeda ya de la noche que venía.





CAPÍTULO QUINTO

Se había ya casi ocultado el sol y el bosque se oscurecía y se iba llenando de sombras contra el cielo rojo y morado. Era precisamente el momento en que don Zorro suele salir a dar su paseo higiénico, cazando, de-paso, a los pobres conejillos descuidados. Pelusilla apretaba el paso cuanto podía, llena toda de ansiedad. Respiraba mal, se sofocaba, sudaba y creía a cada segundo que la cabeza de don Zorro aparecía, terrible, entre los árboles oscuros.

De repente oyó gemidos y gruñidos tristes y agrios como de alguien que se encuentra en un horrible peligro. Y mirando acongojada alrededor, se encontró con el tío Erizo, que habiéndose hechado a dormir hecho una bola, se había caído rodando en un arroyuelo fangoso,



Cuentos de Calleja



«¡Valiente rinconcito para pasar la noche!», dijo el tío Erizo a Pelusilla.

donde quedó clavado de espaldas sin poder moverse ni una pulgada.



—¡Tira, por Dios y por todos los santos, de mí, conejita de mi vida!—gruñó el tío Erizo—. La cosa no era muy fácil que digamos, porque la infeliz Pelusilla no sabía de qué púa cogerlo y todas le lastimaban. Pero, como Dios le dió a entender, empezó a tirar, a tirar y a tirar, hasta que lo puso derecho otra vez.

—¡Uf!—dijo el tío Erizo soplando y jadeando—¡Valiente rinconcito para pasar la noche! ¡Cómo me he quedado, válgame Dios! ¡Te digo que casi no puedo andar!

Pelusilla, acordándose de las púas, no llevó su bondad hasta ofrecerse a cogerle en brazos; lo que hizo fué limpiarle un poco con su pañuelo fino, faena de la que no salió éste, por cierto, muy bien parado.



CAPÍTULO SEXTO



No era ciertamente para divertirse para lo que la buena de Pelusilla se había detenido cuatro veces en su camino, pero el caso era que el sol se había puesto hacía ya un buen rato, que la noche se venía encima a todo volar y que la pobre temblaba, sobrecogida de un miedo horrible, pensando que podría encontrarse con el señor don Zorro. Sin que ella misma supiera cómo, volvió Pelusilla a toparse con su sendero, e iba por él corriendo como una loca, con su capa colorada detrás de ella, cuando oyó un quejido muy débil y muy triste y se paró conmovida a escuchar. La que se quejaba así era una pobre Campanilla a quien las Hadas habían olvidado de





Pelusilla abrigando los pies a la Campanilla.



abrigar sus raíces con la tierra, y lloraba porque tenía los pies muy mojados y muy fríos. Pelusilla amontonó algunas hojillas secas diciendo: — ¡Pobrecita Campanilla mía, yo te calentaré, no te apures tú! — Entonces pensó un momento: — ¡Es peligroso estar aquí! — Pero no podía oír los suspiros de la pobre Campanilla sin que se le partiera su corazoncito, y con todas las hojas y el musgo que pudo reunir, cubrió las raíces de la pobre Campanilla, que tiritaba de frío.

La Campanilla se quedó lo mismo que cuando se envuelve uno los pies en un cobertor: todos sabéis el gusto que eso da. Y tintineando de alegría y bienestar, levantó la cara y le dió un beso a Pelusilla. Algunas Hadas que, acordándose de su olvido, habían vuelto, miraban absortas lo que Pelusilla hacía, escondidas en silencio detrás de un helecho fresco, blando y frondoso.





CAPÍTULO SÉPTIMO

Pero a todo esto, ¿qué hora será, Dios santo? — se preguntaba la pobre Pelusilla mientras le arreglaba a la Campanilla las últimas hojas en sus raíces ateridas. Y como por allí cerca había un reloj de Diente-de-León, lo sopló y vió que eran nada menos que ¡las siete y media! ¡Así estaba todo el bosque tan oscuro!

Pues señor, las siete y media era precisamente la hora en que Pelusilla debía estar quitándose el abrigo en casa de la señora de Conejo, y también ¡ay! el preciso momento en que el señor don Zorro deja su pipa, se levanta de su butaca y sale a rondar por los campos sombríos aguzando las narices, los ojos y los oídos.

El más ligero rumor que sonaba entre las ramas, el vuelo de un mosquito, un suspiro del agua, el



Cuentos de Calleja



Don Zorro aparece de pronto.

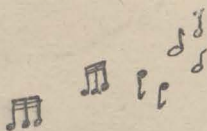
murmullo de un viento momentáneo, hacía dar un brinco a Pelusilla; y al más menudo movimiento que hacían las hierbas, le daba un vuelco el corazón. De repente ¡oh espanto! saliendo yo no sé de dónde, don Zorro se plantó de un salto a su lado. ¡Ave María, y cómo corría la pobre Pelusilla!



Pelusilla corría bastante, pero don Zorro corría muchísimo más que ella. Además, ella iba horrorosamente asustada y él iba tan fresco, cosa que, naturalmente, le daba a don Zorro una inmensa ventaja. A Pelusilla se le salió uno de los zapatos y ya podéis figuraros lo que le estorbaba aquel contratiempo para correr. Y su capa encarnada se le iba enganchando en todas las zarzas y las aulagas del bosque, por cuya oscuridad, que el Zorro conocía tan bien, apenas Pelusilla acertaba a orientarse. ¡Cómo iba la pobre por aquellos bosques!



CAPÍTULO OCTAVO



Mas una buena acción siempre tiene su recompensas. La Campanilla, al ver así a su buena amiga Pelusilla, que la había quitado tan bien el frío, tocaba furiosamente todas su campanitas, diciendo:

—¡Tilín, tilín, tilín! ¡Venid a salvar a la pobre Pelusilla, que se la come el Zorro!

Los habitantes del bosque pensaron que por lo menos se estaba quemando un árbol. Y todos aquellos a quienes Pelusilla había auxiliado con tan buen corazón, decidieron en el acto ayudarla.

Todos acudieron corriendo precipitadamente: don To-po, el Abejorro, el tío Erizo y la señora Petirrojo.—¿Dónde está Pelusilla? ¿Dónde está Pelusilla?—preguntaban anhelantes y temblorosos a la Campanilla.





Los amigos de Pelusilla corren a ayudarla.

Cuentos de Calleja



—Allí, allí, allí! ¡Tilín, tilín! ¡Tilín, tilín!—repicaba la Campanilla.

Y todos corrían con todas las fuerzas de su cuerpo y de su alma, hasta que al fin vieron cómo el Zorro perseguía a la pobre Pelusilla. Entonces se pararon un instante para recobrar el aliento y para tener consejo de guerra. — Debemos obrar con mucha prudencia—se dijeron unos a otros. Y en un periquete hicieron unos magníficos planes que decidieron seguir al pie de la letra. Y siguieron corriendo, precisamente cuando don Zorro, dando un gran salto sobre un arbolillo, iba a coger por la capa colorada a la infeliz Pelusilla, gruñendo con sorna:—¡Y que no me gustan a mí los conejitos!



CAPÍTULO NOVENO



Sucedió entonces, como en la vida suele ocurrir muy a menudo, algo verdaderamente inesperado, tanto que el tío Erizo, héroe del suceso, no supo él mismo cómo ocurriera. No tenía este señor un temperamento activo y ligero, ni muchísimo menos; prefería una buena siesta, después de comerse una naranja, a correr como un desesperado y salvar a una conejita de un grave peligro; pero aunque se sea un señor viejo y gordo, como el tío Erizo era, esto no es obstáculo para ser valiente al mismo tiempo. El tío Erizo se acordó de todas las grandes acciones que había leído en los libros cuando iba a la escuela, de niño y, luego, los domingos por la tarde; y haciéndose una bola se echó a rodar, y en un abrir y cerrar de ojos se encontró entre don Zorro y Pelusilla. ¡No podía haber hecho cosa mejor ni más a propósito, porque el señor don Zorro, con la prisa que





El tío Erizo le juega una mala pasada a Don Zorro.



llevaba no lo vió, le puso un pie encima, se pinchó un dedo, dió un traspiés y un aullido y se cayó redondo, presa de un síncope. ¡Valiente susto se llevó el señor don Zorro!

Pelusilla, que miraba atrás con un ojo solo, se dió cuenta, por el lastimero aullido de don Zorro, de lo que pasaba y recobrando valor huía y huía como alma que lleva el diablo. Pero apenas tuvo el tiempo justo para llegar un poco más allá, porque don Zorro, lleno de un espantable furor, se levantó loco, se lamió la herida y salió de nuevo corriendo tras la pobre Pelusilla.

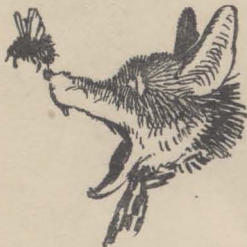


CAPÍTULO DÉCIMO



Pero entonces sucedió otra cosa inesperada, y fué que el Abejorro dijo:— ¡Ahora me toca a mí!— y haciendo zzzz se puso a zumbar de tal manera alrededor de la oreja de don Zorro, que lo llenó de un pánico horrible. Rabiando, don Zorro quiso tirarle un mordisco, y entonces el Abejorro le clavó su aguijón en un ojo.

—¡Aay! ¡Aay! ¡Aay! aulló don Zorro, bailando de dolor y de rabia, con el ojo hinchado, y brincando sin parar sobre sus patas traseras.—¡Aay! ¡aay! ¡aay! ¡Qué vergüenza! ¡Eso no está bien, Abejorro! ¿Cómo te atreves a quitarle la cena a una persona decente?—Y mientras que aullaba y bailaba, Pelusilla iba encogiendo el rabillo por allá lejos, cada vez más lejos.



—¡Pues ahora me llega mi turno!—dijo don Topo.—Yo puedo ayudarte de noche de la mismita manera que tú, Pelusilla mía,



Pelusilla se ve libre de Don Zorro.

Cuentos de Calleja



me has ayudado de día. Y cogiendo a Pelusilla de la cinta de la capa, le fué enseñando el camino.—También yo voy con ustedes—dijo la señora Petirrojo, y voló delante de todos, llevando un gusanillo de luz en el pico para enseñar el camino a Pelusilla, mientras que el tío Erizo, que se sentía ya demasiado cansado de tanto rodar, se sentó en un lado y se puso a secarse la cara con un gran pañuelo de hierbas. Y en menos que canta un gallo y alumbrados ya por la luz de oro de la luna llena, que estaba saliendo, Pelusilla y sus amigos llegaron a casa de la señora de Conejo que, llena de inquietud por la tardanza, esperaba a Pelusilla en la ventana, con un gran farol de melón en la mano. Claro está que llegaron tarde, pero más vale tarde que nunca.



CAPÍTULO UNDÉCIMO



Pelusilla se divirtió muchísimo en la fiesta, hubiera sido una verdadera pena que el señor don Zorro le hubiese impedido asistir a ella. Se jugó a la Gallinita Ciega, a Pilla-Pilla, a Pedir Candela y a otras muchas cosas; se bailaron rigodones, y en cuanto a la cena, fué en verdad para volverse loco de gusto. Cada uno tuvo su rebanada de nabo y un buen plato de nabizas; y la señora de Conejo estuvo más fina que un coral.





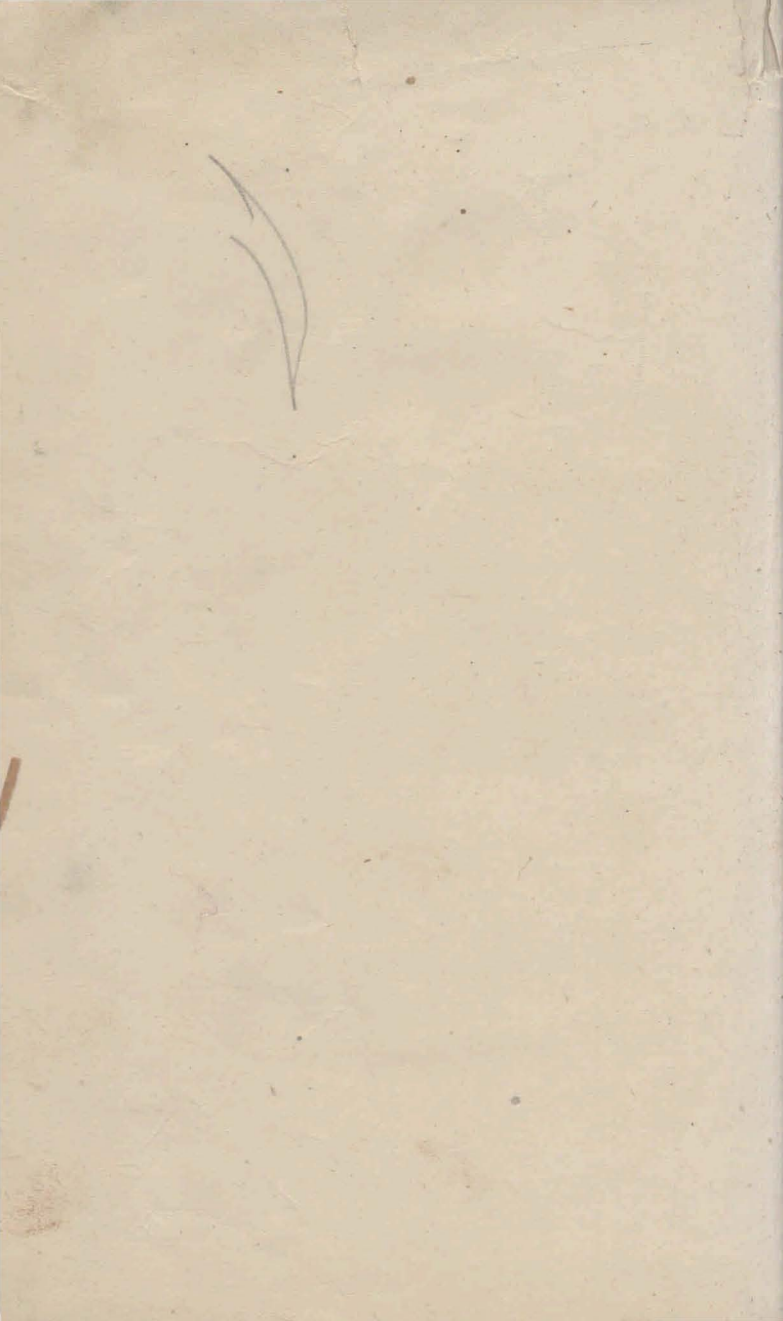
Pelusilla en la fiesta de la señora de Conejo.

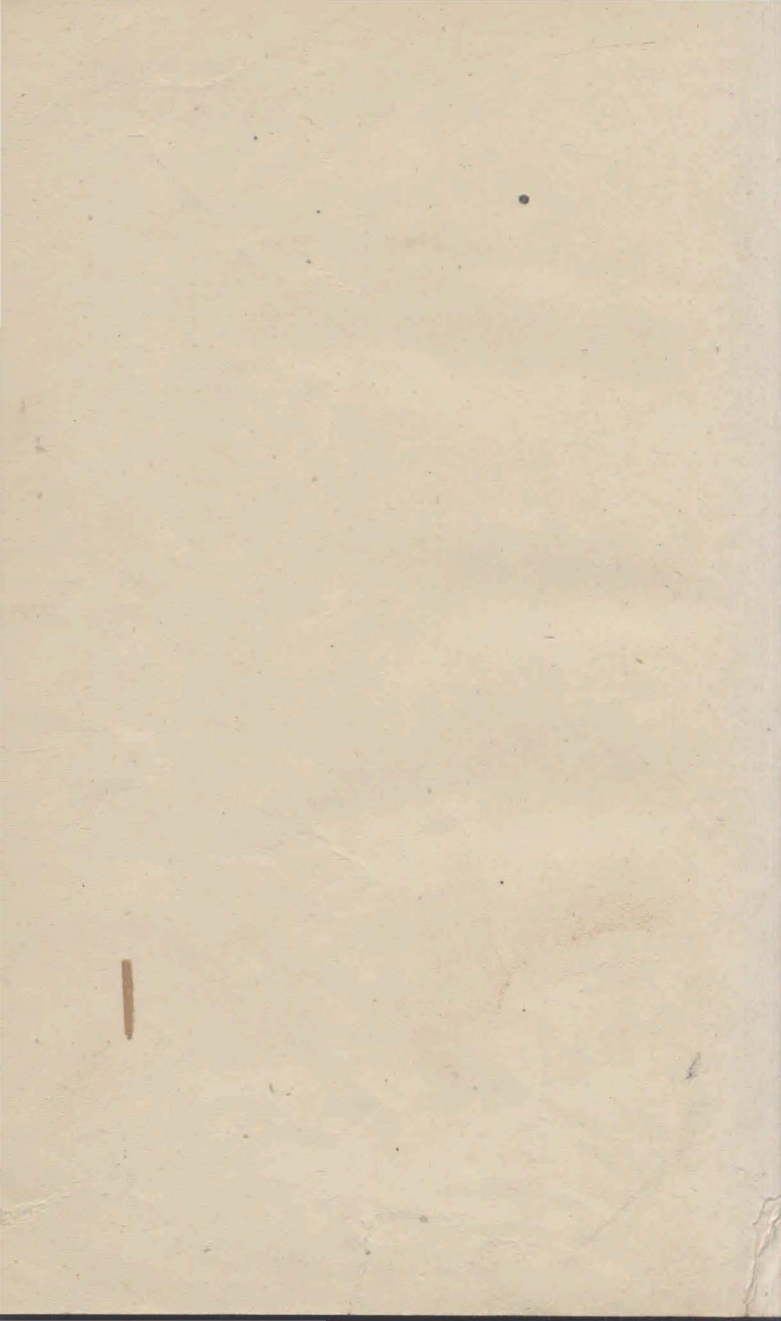
Un poquito antes de que los papás de Pelusilla vinieran a buscarla, se sirvieron unos helados de col, en hojas de lechuga. Después, volvieron padre madre y niña, con la luz de la luna, a su casa. Y aquella noche Pelusilla, repantigada y repleta en su cama, soñó y soñó hasta el alba con todas las cosas agradables que había visto, hecho y comido en la fiesta.

¡Qué suerte tuvo Pelusilla, gracias a su buen corazón.









FRESAS Y ENANOS



FRESAS Y ENANOS

En el cielo brillaba el radiante sol del mediodía, cuando bajaban los dos niños corriendo por la verde cuesta que iba desde la aldeita al bosque. Sus pobres ropas dejaban al descubierto el pecho, las piernas y los pies, cosa que les gustaba, porque así los rayos del sol besaban sus carnes sanas e iban gozando de sentir las cálidas caricias del astro resplandeciente.

Eran hermano y hermana. Cada uno llevaba un cesto para llenarlo de fresas, que su madre vendería al día siguiente en el mercado. Como eran muy pobres, los más pobres del pueblo, su madre, viuda, tenía que trabajar mucho para ganar el pan de ella y de sus hijitos. En el tiempo de las fresas y de las nueces, y también cuando venían las violetas tempranas, iban los niños a cogerlas al bosque, y con las frutas o las flores ayudaban a su madre a ganar algunos céntimos más. Felices los niños

Cuentos de Calleja



corrían alegremente, como si fueran los dueños del hermoso mundo que tan seductoramente se extendía ante ellos.

Todavía las fresas del bosque escaseaban y alcanzarían un buen precio en el pueblo. Por eso salían los niños a tan calurosa hora de la tarde, mientras que los demás descansaban tomando el fresco dentro de las casas. En lo más hondo del bosque había un sitio, conocido de los niños, donde florecían y daban fruto extensos mazos de fresales, cubriendo el suelo de espléndida alfombra. Los capullos, blancos como estrellas, asomaban profusamente entre el follaje; las fresitas, verdes o de color encarnado

claro, se veían a millares, pero el fruto maduro, de color rojo intenso, era aún difícil de encontrar.

El trabajo de los niños iba muy lentamente, y mientras el tesoro de los cestos subía poco a poco, el sol se hundía también en el horizonte. Absortos en su tarea, los niños olvidaban sus risas y su charla; no probaban las incitantes fresas y apenas dirigían una mirada a las violetas y a las anémonas; y los rayos del sol, que se filtraban a través de las ramas, y los escarabajos y las mariposas pasaban igualmente inadvertidos para ellos.

—¡Leonor!—exclamó Federico, al fin, alzando su cabecita tostada y caliente del sol—¡Mira, Leonor, ya tengo lleno mi cesto!

Leonor miró, y sus mejillas enrojecieron. Su cesto estaba apenas a medio llenar. ¡Cuánto envidiaba el de su hermano! Pero Federico era un buen muchacho, que quería mucho a su hermanita. Le hizo sentarse en la mullida hierba, puso a su lado su cesto lleno y no descansó hasta que hubo llenado de igual modo el de Leonor. Con eso había terminado la labor de aquel día. ¡Qué hermoso estaba el bosque! ¡Qué alegremente cantaban los pájaros entre el ramaje! Todo exhalaba la fragancia del rocío vespertino que corría lentamente por las trémulas ramas.

A poca distancia se habría entre los árboles una pra-



dera. Los rayos del sol herían aún la fresca y verde hierba, sobre la cual desplegaban sus variadas bellezas millones de narcisos, campanillas, claveles y no-me-olvides. Era un delicioso sitio para jugar. Y los niños corrieron

para llegar a él; dejaron cuidadosamente sus cestos al pie de un grueso tronco, y con la alegría del juego no tardaron en olvidar la ruda tarea de la tarde. Las sombras se hacían más intensas y el crepúsculo de la tarde velaba cada vez más el solitario bosque. Entonces tuvieron que pensar en volver al pueblo. El descanso había fortalecido sus cansados miembros, y el juego de la pradera florida los había puesto alegres y satisfechos. Pero ya les pedían descanso el rocío que humedecía sus desnudos pies y el hambre que empezaban a sentir.

Corrieron al árbol junto al cual habían dejado sus cestos, más éstos habían desaparecido. Al principio creyeron que se habían equivocado de árbol y recorrieron todos los troncos y todas las matas, pero los cestos no parecían. ¿Qué diría su madre cuando volvieran a casa sin haber llevado a cabo su tarea? Con el dinero de las fresas pensaba la pobre comprar harina para hacer pan, y ya no le quedaba ni los cestos para recoger las fresas.

Leonor se puso a llorar tristemente; el rostro de Federico se tornó rojo de rabia y sus ojos relampaguearon, pero no lloraba. La obscuridad iba en aumento, los troncos se hacían negros y espectrales, y el viento agitaba las ramas con un hondo rumor que amedrentaba el ánimo. ¿Quién les había robado las fresas? No habían visto a nadie por la pradera. Y las ardillas y los lagartos no se lle-

Cuentos de Calleja

van los cestos de fresas. Los pobres niños permanecían desolados junto al añoso tronco. No querían volver a casa con las manos vacías, porque temían que su madre les riñese por haber descuidado así su tarea.

La niña tiritaba bajo sus pobres vestiditos y lloraba de miedo, de hambre y de cansancio. Federico la cogió de la mano diciendo:

—Oye, Leonor: ya es de noche; corre a casa y dile a madre que nos han quitado los cestos, cena y vete a la cama a dormir. Yo me quedaré aquí buscando por todas partes hasta que los encuentre. Ni tengo hambre, ni estoy cansado, ni me da miedo pasar aquí la noche, a pesar de todos los cuentos de la abuela, que nos hablan de los malos espíritus de los bosques, de los gnomos, de los diablillos, de los trasgos y de los ogros que esconden sus tesoros debajo de la tierra.

Leonor se estremeció y miró con miedo en torno suyo, porque era una niña tímida y débil. Guardóse los bracitos bajo el delantal y lloró amargamente.

—Vente conmigo, Federico—suplicó.—¡Me da miedo ir sola por este bosque tan oscuro!

Federico le dió la mano y la acompañó hasta que se vieron las luces del pueblo. Entonces se detuvo y dijo:

—Ahora corre sola. Mira; aquella luz que se ve allí es la de la ventana del cuarto de nuestra madre. Yo me

vuelvo al bosque; no quiero ir a casa con las manos vacías.

Y sin aguardar más, salió corriendo y se internó rápidamente en el bosque. Leonor esperó un momento y gritó:

—¡Federico! ¡Federico!—pero como nadie le contestara, echó a correr cuesta arriba, por donde había bajado tan alegremente a mediodía.

La madre, a quien ya tenía intranquila la larga espera, estaba en la puerta cuando llegó Leonor, sin aliento y llorando. A la pobre niña apenas le quedaban fuerzas para contar que habían perdido las fresas y los cestos, y que Federico se había quedado solo en el bosque buscándolos.

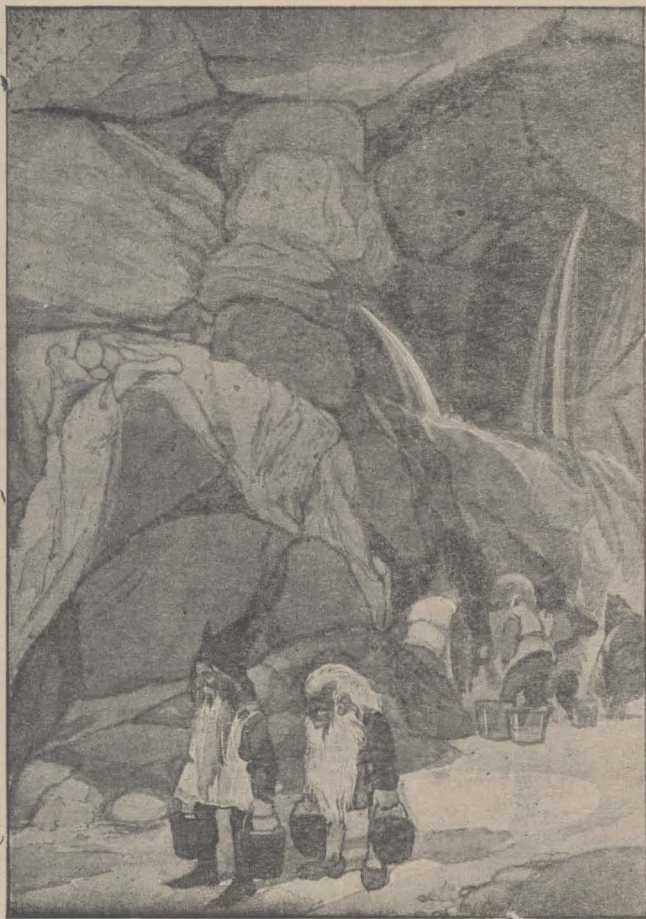
La madre se entristeció al oír a la niña. Apenas le quedaba pan y no sabía de dónde sacar más, pero lo peor de todo era que Federico se hubiera quedado en el bosque, porque la pobre mujer, como todas las aldeanas, creía firmemente en la existencia de los duendes; y con el corazón encogido se echó junto a su hija para descansar.

Federico fué entrándose en el bosque, entre cuyo espeso follaje se asomaban tímidamente las estrellas. Rezó una oración y no volvió a sentir miedo del rumor de las hojas, del crujido de las ramas, ni del murmullo del

Cuentos de Calleja



viento de la noche entre los árboles. Salió la luna, y Federico tuvo bastante luz para buscar los cestos, pero su empresa era inútil, porque pasaban las horas sin encontrar nada. Al fin vió una montañita que se elevaba entre los arbustos; se ocultó la luna detrás de una espesa nube y todo quedó a obscuras. Ya cansado, Federico se sentó



... había muchos gnomos arrodillados llenando cubas
del oro, la plata y cobre...

Cuentos de Calleja

al pie de un árbol y casi se quedó dormido; más de repente, viendo moverse una luz brillante alrededor de la montañita se levantó para ir hacia ella. Al acercarse oyó un ruido raro, como de quejidos lanzados por un hombre entregado a un rudo trabajo. El niño avanzó silenciosamente, y con gran asombro vió a un enanillo que trataba de ocultar algo en un agujero que, aparentemente conducía al interior de la montaña. El hombrecillo llevaba una chaqueta de plata y un gorro encarnado con puntas, en el cual lucía la maravillosa luz, que no era sino una gran piedra preciosa.

Federico llegó junto al enano, que con su ocupación no se había dado cuenta de la llegada del niño, y vió con asombro y rabia que lo que quería guardar el enano era su cesto de fresas.

Lleno de ira Federico, cogió una rama que había allí cerca y dió un fuerte estacazo al enanillo, el cual lanzó un grito semejante al chillido de un ratón, y trató de esconderse en el agujero. Pero Federico lo cogió por los faldones y le preguntó airadamente dónde estaba el otro cesto de fresas. El enano respondió que no tenía más que aquél, y hacía esfuerzos por desasirse de las manos del pequeño gigante. Federico volvió a coger la vara que tanto aterraba al enano, y éste, temiendo otro estacazo, gritó:

—El otro cesto está ahí dentro. Yo te lo daré. No me pegues más.

—Tonto sería yo si te dejase escapar—replicó Federico.—No, yo te acompañaré y te quitaré mi cesto.

Echó el enano a andar a la luz del gorro que brillaba más que la mejor bujía, y Federico lo siguió con el cesto en una mano y la vara en la otra. De este modo anduvieron un rato por el interior de la montaña. El enano corría como un corzo, y Federico, cuya cabeza llegaba al techo, apenas podía seguirlo. Resonaron por las galerías los acordes de una deleitable música. Algo más allá estaba cortado el paso por una puerta de piedra gris. El enano sacó de la faltriquera un martillo de plata, y dando tres sonoros golpes en la pared, abrióse la puerta de par en par, dejando salir un torrente de luz que obligó a Federico a cerrar los ojos. Deslumbrado, con la mano puesta en la frente, a modo de visera, siguió al enano, y la puerta se cerró tras ellos. Federico estaba en las secretas moradas de los gnomos.

Un rumor de suaves voces, mezclado entre los armoniosos acordes de la música, venía a sus oídos. Cuando al fin pudo quitarse de los ojos la mano, vió ante sí un maravilloso espectáculo. Era un hermoso salón de elevado techo, tallado en la roca viva. En las paredes relucían millares de piedras preciosas, semejantes a las que su

Cuentos de Calleja

guía llevaba en el gorro, que hacían las veces de bujías y despedían una claridad tan radiante, que cegaba casi los ojos de Federico. Entre las piedras pendían guirnaldas y ramilletes de flores, jamás vistas por el niño, a quien contemplaban con curiosidad una multitud de maravillosos enanillos. En el centro del salón había un trono de piedra verde transparente, con cojines de mullidos hongos. En él estaba sentado el rey de los gnomos, cubierto de oro y luciendo en la cabeza una corona tallada en un radiante carbunclo. Llegó ante el trono el enano que había servido de guía a Federico, y relató al rey la aventura. Cuando el enano hubo concluido de hablar, se levantó el rey y se acercó al niño, que todavía estaba junto a la puerta rodeado de gnomos, y le dijo:

—Niño humano, ¿qué te trae a mi secreta residencia?

—Señor enano—respondió cortésmente Federico,—deseo las fresas que me ha robado ese enanillo, y os ruego que deis orden de que se me devuelvan, y que me permitáis volver al lado de mi madre.

El rey permaneció pensativo un momento y luego dijo:

—Oye: hoy celebramos un gran banquete, para el cual son necesarias tus fresas. Por lo tanto, te las compraré. Y te permito que estés un rato con nosotros. Lue-

go te acompañarán mis criados hasta la entrada de la montaña.

—¿Tenéis dinero para pagarme las fresas?—preguntó el niño.

—Bobo, ¿no sabes que el oro, la plata y el cobre salen de la tierra? Ven conmigo y te enseñaré mis tesoros.

Dicho esto, el rey sacó del salón a Federico y lo llevó por largos aposentos, en los que había montones de cobre, de plata y de oro. En otros, cargas de piedras preciosas. Después llegaron a una gruta, en cuyo centro se veía una especie de pilón, del que brotaban tres chispeantes chorros de color distinto, y el líquido corría a perderse entre las venas de las rocas. Junto a estas corrientes había muchos gnomos arrodillados, llenando cubas del oro, la plata y cobre que corría como agua ante ellos, mientras que otros enanos los llevaban a las cámaras de los tesoros del rey. Pero la mayor cantidad se escapaba entre las grietas de las rocas, de donde los hombres sacan con tanto trabajo los metales preciosos.

Federico se hubiera llenado los bolsillos de metales de aquellos, pero no se atrevió a pedir permiso al rey de los gnomos. Y después de haber visto todo esto volvieron al salón donde estaban preparando el banquete. En una larga mesa de mármol blanco brillaban una porción de fuentes de oro llenas de manjares exquisitos, preparados

Cuentos de Calleja



con las fresas de Federico. A un lado se agrupaban los músicos, los cuales no eran sino chicharras y abejorros cogidos en el bosque por los enanos, los cuales comían en platitos de oro. Federico comió con ellos; pero los manjares eran tan pequeños, que se le deshacían en la lengua antes de poder paladearlos.

Después de la cena hubo baile. Los gnomos eran viejos y tenían la cara arrugada como el tronco de un árbol. Todos llevaban chaquetas de plata y gorros encarnados. Eran altos y majestuosos, y llevaban en la cabeza guirnaldas de flores, que relucían como si estuvieran cubiertas de húmedo rocío. Federico bailó con uno de ellos; pero como la ropa del niño estaba muy estropeada, su pareja cogió de la pared una guirnalda de flores y se la puso en la cabeza para que estuviera más adornado. Los abejorros zumbaban como flautas y trombones, y las chicharras hacían de violines. Terminado el baile, Federico se acercó al rey, que estaba descansando en su verde trono y le dijo:

—Señor enano, os ruego que tengáis la bondad de pagarme mis fresas y mandar que me guíen hasta la salida de la montaña, porque ya es hora de volver al lado de mi madre.

Movió el rey la cabeza, arrancando destellos a su corona de carbunclo, y, embozándose en el manto, se fué

Cuentos de Calleja

a buscar el dinero. ¡Qué alegría la de Federico, pensando en el oro que iba a llevar a su madre! Como estaba cansado, subió al trono y se sentó sobre el blando hongo que servía de cojín al rey, y mientras volvía el monarca se quedó dormido como un lirón.

Ya el día apuntaba en el bosque cuando se despertó Federico. Tenía las piernas rígidas y helados los pies. Se frotó los ojos y se estiró. Estaba al pie del mismo árbol donde se sentara la noche anterior. Y recordó que se había quedado dormido en el hongo que servía de cojín al rey de los gnomos y el dinero que le había prometido el rey y se palpó los bolsillos ¡que estaban vacíos!

Había amanecido. Su madre tenía que ir al mercado y él no le había llevado ni fresas ni dinero. Llenáronsele de lágrimas los ojos y renegó de los enanos que le habían sacado dormido de la montaña para no pagarle. Luego se levantó muy triste y se acercó a la montaña, pero por mucho que buscó no pudo encontrar la entrada.

No le quedaba otro recurso que volverse a casa, y lo hizo con el corazón oprimido. Nadie se había levantado todavía cuando llegó al pueblo. Llamó con suavidad en la ventana del cuarto de su madre diciendo:

—¡Despierta, madre! ¡Soy yo, Federico!

La madre abrió corriendo la puerta de la casita.

—Gracias a Dios que has vuelto—dijo la madre abra-

zándole—. ¿No te ha sucedido nada, hijo mío? Dímelo tú. Y lo llenaba de besos.

—Nada, madre—respondió—. Pero he tenido un sueño tonto. He soñado con los gnomos que viven en la montaña. Y mientras su madre encendía la lumbre, Federico contó su sueño. La madre movía la cabeza al oírlo, porque creía que su hijo había visto y oído realmente todas aquellas maravillas.

Entonces se levantó Leonor y su madre le mandó abrir las ventanas. Obedeció la niña, y al entrar en la alcoba lanzó un grito y puso las manos en la cabeza de su hermano. Al mismo tiempo cayó al suelo una cosa pesada y brillante, que los dos niños se apresuraron a recoger. Era la guirnalda de flores de colores que le habían puesto los gnomos para bailar. Pero las flores no eran como las que abren en los jardines y en las praderas; eran frías y relumbrantes, igual que las que adornaban las paredes del salón de los gnomos y como las que los gnomos llevaban en el cabello.

Estaba claro que Federico había pasado de veras la noche con los gnomos. Tanto la madre como los demás hermanos, creyeron que eran cristales de colores; pero como relumbraban y brillaban de un modo indescriptible, la madre fué a enseñárselos a un joyero de la ciudad inmediata, el cual dijo, con gran asombro de la aldeana,

Cuentos de Calleja

que la ramita que llevaba como muestra, se componía de las más costosas joyas: rubíes, diamantes y zafiros. Y a cambio de ella le dió un saco de oro tan pesado, que apenas pudo llevarlo a su casa.

La miseria había huído para siempre de casa de la viuda, porque la guirnalda entera valía cien veces más que la ramita vendida. Tan buena suerte movió gran agitación en el pueblo. Todos corrían al bosque en busca del maravilloso agujero, pero sus rebuscos fueron inútiles; ninguno logró encontrar la entrada de la montaña.

Desde entonces vivieron en paz la viuda y sus hijos; siguieron siendo piadosos y trabajadores, a pesar de su riqueza, hicieron bien a los pobres y fueron felices hasta el fin de sus días.



Í N D I C E

Título

Páginas

Los mellizos de doña Coneja.....	9
Pezuñita y Roenueces... ..	61
Pelusilla.....	99
Fresas y enanos.....	139

